

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

Juan Pablo Fusi o la excelencia en la precisión valorativa

Juan Pablo Fusi or the High-Value Precision

pp. 173-178



Universidad
de Navarra

Juan Pablo Fusi o la excelencia en la precisión valorativa

Juan Pablo Fusi or the High-Value Precision

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra



Fusi, Juan Pablo, *Historia mínima de España*, Madrid/México D.F., Turner - El Colegio de México, 2ª edición, 2012. ISBN 978-84-7506-677-6.

Fusi, Juan Pablo, *Breve historia del mundo contemporáneo. Desde 1776 hasta hoy*, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 2ª edición, 2013. ISBN 978-84-15863-20-5/078-84-672-5755-7.

Estas dos obras recientes de Juan Pablo Fusi Aizpurúa (San Sebastián, 1945) tienen en común que se trata de dos apretadas y acertadas síntesis de la historia de España desde el hombre de Atapuerca hasta las elecciones de 2012, en el primer caso, y desde la Revolución americana hasta el mundo global de nuestros días, en el segundo. En el «Prólogo» de la *Breve historia...*, su autor advierte de que «no se trata, quede claro, de una obra de divulgación (que me parece dignísima y necesaria). Se trata ante todo de hacer precisión, una tarea historiográfica igualmente urgente y obligada; "o se hace literatura o se hace precisión o se calla uno", como escribía Ortega y Gasset a Maeztu en 1908».

En el también lógicamente breve «Prólogo» de la *Historia mínima...*, su autor define cuál es su forma de entender nuestra disciplina aplicada al caso español: «España se explica y se entiende únicamente a través de la historia. En palabras de Max Weber: solo se puede saber lo que somos si se determina cómo hemos llegado a ser lo que somos. Ello confiere a la historia un estatus intelectual verdaderamente relevante. La

historia actual no se atribuye, con todo, misiones retóricamente ejemplarizantes. La historia como quehacer no es otra cosa que un ejercicio de revisionismo crítico: aspira a analizar críticamente el pasado, a sustituir mitos, leyendas, relatos fraudulentos e interpretaciones deshonestas por conocimiento sustantivo, verdadero y útil».

Su trabajo, sigue escribiendo Fusi, «pretende, lógicamente, explicar por qué hubo esta historia de España y no otra. Pretende así, en su brevedad, dar razón histórica de España. Desde mi perspectiva, sin embargo, la razón histórica es casi por definición una razón parcial, fragmentada, y a menudo perplejizante (...) Detrás, pues, de la razón de los hechos —del drama de los acontecimientos— en este libro alienta (o eso espero) una convicción ulterior, que cabría resumir en una tesis clara: España, muchas historias posibles». El autor se aleja así de esa «suerte de reflexión metafísica sobre el ser y la significación de España», de «una visión, si se quiere, esencialista de esta y de su historia» que habría informado a la historiografía moderna española, nacida a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y que se vio profundamente modificada por «el desarrollo que las ciencias sociales —y la historia con ellas— experimentaron en todas partes desde mediados de los años cincuenta del siglo XX, y el "giro historiográfico" que como consecuencia se produjo [y que] provocaron un profundo cambio conceptual en la forma y estructuración del análisis y la explicación históricos: un cambio —en pocas palabras— hacia una historia construida sobre numerosas claves y perspectivas interpretativas y entendida como una narración compleja de problemas y situaciones múltiples».

Los últimos párrafos de este libro de Fusi aclaran aún más su visión de la historia en general y de la de España en particular: «La historia futura de esa España refundada democráticamente desde 1975 será, por definición, imprevisible, a menudo inquietante y siempre problemática: en ningún sitio está escrito que la historia sea o racional o justa (...). La historia española no es —quede claro— ni una historia única ni una historia excepcional. Como la historia de cualquier otro país, la historia española es, sencillamente, una historia muy interesante, cuyo conocimiento —una obligación política y moral para hablar apropiadamente de España— plantea un amplio repertorio de cuestiones esenciales. La verdad histórica, escribió Ranke, al fin y al cabo el más importante historiador de los tiempos modernos, es "infinitamente más hermosa e infinitamente más interesante que la ficción novelesca"».

Pero la historia que escribe Fusi no solo es precisa, sino que también es ambiciosa e interpretativa o valorativa. Prueba de su ambición intelectual son los dos libros que comentamos: nada menos que toda la historia de España, en el primer caso, y una síntesis personal —escrita, en palabras del autor, «en capítulos breves y autónomos»— de la historia del mundo desde 1776. Quizás esta segunda obra es la más ambiciosa, porque en ella se trata tanto de la historia política nacional e internacional como de las transformaciones económicas y sociales y de los cambios culturales y artísticos en los cinco continentes. Así, junto a capítulos clásicos como los iniciales sobre la Revolución americana, la Revolución francesa, la crisis del Antiguo Régimen o la Europa napoleónica, encontramos otros sobre la edad industrial, la edad de las masas o la sociedad del bienestar y otros más sobre la edad del romanticismo, la *Belle Époque*, la irrupción del modernismo o «Ideas para después de una guerra» (la Segunda Guerra Mundial). Únicamente encuentro un vacío: apenas se habla de las culturas y del pensamiento religioso en el mundo, occidental u oriental.

Ambiciosa, decía, pero también interpretativa y valorativa. Nuestro autor no se limita a describir y a explicar o comprender, por más que dichas tareas sean inherentes al oficio del historiador; también valora acontecimientos y situaciones de una manera que en la mayor parte de los casos considero muy acertada. Pongo algunos ejemplos: «La Revolución americana fue una revolución política (...), no una revolución social, popular o de clase» y creó «un régimen puramente democrático» (pp. 9, 11, 12); «Su gran error [de Napoleón] fue no entender el nacionalismo popular europeo: la resistencia que encontró en la guerra de España y en la invasión de Rusia fue la verdadera causa de su derrota» (p. 31); en cuanto al proceso de independencia de los principales países de América Latina, Fusi también es contundente: «La quiebra financiera y política de la Monarquía española hacía inviable el sostenimiento de una acción militar sostenida y decisiva en América. Restaurado (...) en 1814, Fernando VII tuvo la ocasión de ofertar e impulsar un nuevo contrato colonial para los territorios americanos: optó por la solución militar (...que) solo sirvió para galvanizar el independentismo» (p. 38).

Entre otros muchos juicios interesantes, éstos sobre la historia mundial del siglo XX. A propósito de la revolución de 1989 (pp. 235-236) nuestro autor explica que «el fracaso del comunismo en la URSS y en la Europa del Este no fue, en modo alguno, el resultado de las circunstan-

cias históricas. Fue, ante todo, el fracaso de un sistema (...). Con todo, la caída de los regímenes comunistas no fue consecuencia ni de la presión exterior [Reagan, Thatcher y, “si se quiere”, Juan Pablo II] ni de la oposición y el descontento internos (...). Siguiendo a Mazower, Fusi considera que la caída del comunismo «se produjo cuando y porque los propios hombres del sistema (...) se dieron cuenta de que era imposible sostenerlo».

El libro finaliza con un capítulo («Después de 1989: una pluralidad de situaciones»), en el que se evidencia la imposibilidad de caracterizar sumariamente la diversidad de los cambios y conflictos de los últimos años, fuera de la constatación, por otra parte general, de que estamos ante un mundo global. Merece la pena citar literalmente el último párrafo del libro: «En todo caso, el problema político de la humanidad parecía ser a principios del siglo XXI el que en 1926 había señalado Keynes (...), cuyo pensamiento, favorable a un mayor control de la economía por el Estado en el marco de un ‘capitalismo inteligentemente dirigido’, parecía especialmente revalorizado por la crisis de 2008: ‘el problema de la humanidad —escribió Keynes— consiste en combinar tres cosas: eficiencia económica, justicia social y libertad individual’» (p. 258).

También la *Historia mínima de España* es un libro ambicioso, que aborda todas las eras y todas las facetas del pasado de nuestro país. Y también en él abundan las ajustadas valoraciones de su autor. Como contemporaneistas, vamos a ceñirnos al último siglo: «La visión de España entre 1876 y 1923 quedó decisivamente condicionada por la definición que del régimen de la Restauración (1874-1923) hizo Joaquín Costa en 1902: ‘oligarquía y caciquismo’ (...). La tesis de Costa tenía sin duda mucho de cierto. Pero hacía poca justicia a lo ocurrido en España desde 1876. El régimen de 1876 (...) fue un régimen de concordia y libertad y un sistema comparativamente estable, que durante años pareció haber resuelto los grandes problemas del país» (pp. 200-1). También estoy de acuerdo en este otro juicio de Fusi: «el golpe de Estado incruento que el general Primo de Rivera dio en septiembre de 1923, con la simpatía de buena parte del país y aceptado por Alfonso XIII, (...) terminó por ser un gravísimo error histórico. La caída de la dictadura en 1930 arrastró a la monarquía en 1931: la crisis de régimen desembocó enseguida en una verdadera crisis nacional» (pp. 215-6).

Un acierto me parece también afirmar que «la [II] República fue un gran momento histórico» (p. 217), pero sin calificarla, como muchas ve-

ces se hace, de la primera experiencia democrática española. En efecto, además de que a su proclamación, consecuencia del éxito en las municipales de abril de 1931 de la coalición republicano-socialista, precedió una sublevación republicana fracasada, el régimen de 1931, aunque logró la puesta en marcha de grandes reformas en España, también se enajenó las simpatías de una importante parte de la población, la católica, debido a sus importantes medidas anticlericales; y, a lo largo de los años 1931-1936, mostró las grandes enemistades aún existentes entre los españoles: la «verdadera ofensiva revolucionaria» de la CNT en 1931-1933, el «absurdo y disparatado» intento de golpe de Estado del general Sanjurjo en agosto de 1932, la revolución socialista de octubre de 1934, después del éxito electoral de las derechas en las elecciones generales de 1933.

Coincidió también en la afirmación de Fusi de que «la Guerra Civil fue un hecho español», aunque el conflicto se internacionalizara desde un primer momento, y de que «los militares sublevados creyeron que el golpe de Estado triunfaría de una manera inmediata. Se equivocaron: desencadenaron una devastadora guerra civil de tres años» (pp. 220-1); pero no me parece acertada la afirmación de que el origen último de la guerra estuvo en la profunda división de la burguesía española por razones religiosas y sociales. También las clases trabajadoras tuvieron un protagonismo de primer nivel: primero, porque en el golpe influyeron las continuas huelgas y conflictos de la primavera de 1936, que la profunda división dentro del socialismo español no contribuyó a resolver; segundo, porque, como dice Fusi, «la sublevación militar desencadenó en la zona republicana un verdadero proceso revolucionario de la clase trabajadora, bajo la dirección de los partidos obreros y de los sindicatos» (p. 222) y, en la «nacional», una profunda represión de esos mismos partidos y sindicatos. En cualquier caso —estamos de acuerdo—, «la Guerra Civil española (...) dejó una memoria trágica, el recuerdo de un horror incomprensible y probablemente innecesario e inútil» (p. 227).

Fusi expone muy bien la evolución de España durante la dictadura franquista y, a mi modo de ver, brilla especialmente en la narración, interpretación y valoración del proceso de transición de la dictadura a la democracia: un proceso en el que «se acertó en lo sustancial» y que «creó un nuevo consenso histórico en el país, que se configuró (Constitución de 1978) como una monarquía democrática y como un estado autonómico que confería un alto grado de autogobierno a regiones y nacionalidades (...); y [a pesar del terrorismo de ETA, organización nacida durante el

franquismo] la democracia española cristalizó en un régimen estable y plural y en una de las economías más estables de Europa» (pp. 238-9).

«El cambio de gobierno de 2004 [sustitución de Aznar por Rodríguez Zapatero] cerraba así una etapa política de treinta años de democracia y de transformaciones decisivas de la vida española. La clave de esos treinta años radicó en que a lo largo de ese tiempo nunca se quebró el consenso (...) entre los grandes partidos (UCD, PP, PSOE) sobre el nuevo estado español construido desde 1975 y definido por la Constitución de 1978. Consenso sobre el estado que no significó, nunca, ausencia de confrontación política (...y) problemas en treinta años hubo muchos (...) Pero los grandes problemas que desde el siglo XIX habían condicionado la política del país —la democracia política, la forma del Estado, el atraso económico, la organización territorial, el ejército, la iglesia— parecían en buena medida resueltos” (pp. 254-5). A ello se añade la integración del país en la Unión Europea y en la OTAN, con las que «España resolvía, además, el problema de su identidad como nación y su papel en el contexto mundial (...) Por primera vez en dos siglos, España contaba en el mundo» (pp. 259-60).

Nuestro autor dedica sus últimas páginas a lo que llama «el comienzo de la postransición», y nos deja a las puertas del futuro: un futuro que, en 2014, parece protagonizado por la abdicación de Juan Carlos I y la proclamación de Felipe VI, por el proceso soberanista catalán —que tuvo su proemio en el nuevo estatuto de Cataluña de 2006—, por el supuesto comienzo del fin de la crisis económica de 2008 y por el grave problema de la corrupción política y de otros sectores de la vida española.

Ambos libros —que incluyen al final sendas cronologías, bibliografías e índices onomásticos— son una buena muestra de la manera de historiar, siempre en buena prosa, del historiador guipuzcoano.